

## La santificación del trabajo profesional\*

Juan Velarde Fuertes

Consejero del Tribunal de Cuentas.  
Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1992.  
Catedrático de Economía aplicada de la Universidad Complutense de Madrid.  
De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.



La aportación más notable del beato Escrivá de Balaguer en relación con la economía es, a mi juicio, la de la santificación del trabajo profesional. Éste señalaría, ante Pablo VI el 21 de noviembre de 1965: *El Opus Dei, tanto en la formación de sus miembros como en la práctica de sus apostolados, tiene como fundamento la santificación del trabajo profesional de cada uno*<sup>10</sup>, e insistiría un poco después: *El quicio de la espiritualidad específica del Opus Dei es la santificación del trabajo ordinario*<sup>11</sup>. Y tomándolo de A. Vázquez de Prada<sup>12</sup>, José Luis Illanes señalará: *El propio beato Josemaría Escrivá de Balaguer lo ha dicho con claridad: de la luz o inspiración recibida el 2 de octubre de 1928, en virtud de la cual vio que debía dedicar su vida entera a promover, entre personas de todas las condiciones sociales, la busca de la santidad en medio del mundo, en el desempeño de la propia tarea u ocupación humana. Desde ese instante la proclamación del sentido cristiano del trabajo fue constante en sus labios*<sup>13</sup>. En *Apuntes íntimos*<sup>14</sup>, en el número 35, escribe: *Lo nuestro es lo ordinario, con naturalidad. Medio: el trabajo profesional. ¡Todos santos!* Existen sobre esta cuestión investigaciones importantes. Por una parte, está la de Rafael Alvira: El trabajo en Camino<sup>15</sup>, evidentemente es preciso consultar el libro de José Luis Illanes, La santificación del trabajo ordinario<sup>16</sup>, y otros numerosos y cuidadosos estudios de este continuo investigador de esta cuestión.

La exégesis de esta actitud del Opus Dei es realmente sencilla. En las dos colecciones de homilías del beato Josemaría Escrivá

de Balaguer, *Es Cristo que pasa*<sup>17</sup> y *Amigos de Dios*<sup>18</sup>, todo esto queda muy claro.

Bastarán dos citas. En la homilía pronunciada el 19 de marzo de 1963, por tanto, en la fiesta de San José, señaló en primer lugar, la tradición del Opus Dei en este sentido<sup>19</sup>: *Describiendo el espíritu de la asociación a la que he dedicado mi vida, el Opus Dei, he dicho que se apoya, como en su quicio, en el trabajo ordinario, en el «trabajo profesional» (subrayado de Escrivá de Balaguer) ejercido en medio del mundo.* En segundo lugar destacará que *no es ajeno a los planes divinos el conjunto muy variado de relaciones derivadas del ámbito laboral, aceptando que el trabajo acompaña inevitablemente la vida del hombre sobre la tierra. Con él aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio: manifestaciones de dolor y de lucha que forman parte de nuestra existencia humana actual, y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de redención. Pero –se apresura a añadir– el trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa.*

Por eso envía un mensaje de fortaleza para quienes creen que sólo merece la pena considerar el trabajo manual: *es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene ningún sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras.* De ahí la trascendencia que puede darse a todo esto: *El hombre no debe limitarse a hacer cosas, a cons-*

\* Fragmento de un trabajo de investigación de próxima publicación, elaborado por el autor con motivo del Centenario.

truir objetos. *El trabajo nace del amor, manifiesta el amor. Se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias. Finalmente el trabajo profesional es también apostolado, porque con vuestro trabajo mismo, con las iniciativas que se promuevan a partir de esa tarea, en vuestras conversaciones, en vuestro trato, podéis y debéis concretar ese precepto apostólico, el de San Pablo a los de Éfeso cuando escribe que el que hurtaba, no hurte ya, antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en alguna tarea honesta, para tener con qué ayudar a quien tiene necesidad*<sup>20</sup>.

El 6 de febrero de 1960 pronunció Escrivá de Balaguer la homilía Trabajo de Dios<sup>21</sup>. *Hemos de convencernos, por lo tanto, de que el trabajo es una estupenda realidad, que se nos impone como una ley inexorable a la que todos, de una manera o de otra, estamos sometidos, aunque algunos pretendan eximirse, insistiendo en que esta obligación –la de todo trabajador– no ha surgido como secuela del pecado original, ni se reduce a un hallazgo de los tiempos modernos. Se trata de un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador.*

No se debe imaginar el trabajo sólo como fuente de dinero, para cohesionar la familia, para alcanzar prestigio social, para *desarrollar sus capacidades*, para *satisfacer sus desordenadas pasiones*,

o incluso para *contribuir al progreso social*. Hay más motores del trabajo. Santiago Ramón y Cajal consideraba que uno, muy poderoso, era el de contribuir a la gloria nacional, y Paul A. Samuelson opina que el mayor acicate para el científico se encuentra en la avidez de la gloria derivada de la admiración de sus colegas. Escrivá de Balaguer le da otra trascendencia: *Os aseguro que, si nos empeñamos diariamente en considerar (...) nuestras obligaciones personales como requerimiento divino, aprenderemos a terminar la tarea con la mayor perfección humana y sobrenatural de que seamos capaces. Quizá en alguna ocasión nos rebelemos (...) pero sabremos reaccionar, arrepentidos, y nos dedicaremos con mayor esfuerzo al cumplimiento del deber.*

De ahí, prosigue, *que si alguno de vosotros no amara el trabajo, ¡el que le corresponde!, si no se sintiera auténticamente comprometido en una de las nobles ocupaciones terrenas para santificarla, si careciera de una vocación profesional, no llegaría jamás a calar en la entraña sobrenatural de la doctrina que expone este sacerdote –se refiere a sí mismo el beato Escrivá de Balaguer–, precisamente porque le faltaría una condición indispensable: la de ser un trabajador.* Y en este momento de la homilía es donde une todo esto con una fecha, 1928, cuando vio *lo que el Señor quería de él*, y reitera a renglón seguido: *El Señor os quiere santos en el lugar donde estáis, en el oficio que habéis elegido por los motivos que sean: a mí, todos me parecen buenos y nobles –mientras no se opongan a la ley divina–, y capaces de ser elevados al plano sobrenatural, es decir, injertados en esa corriente de Amor que define la vida de un hijo de Dios.*

El mensaje ascético que, naturalmente, tiene profundas consecuencias en la vida económica, se acentúa con estas consideraciones: *Puesto que hemos de comportarnos siempre como enviados de Dios, debemos tener muy presente que no le servimos con lealtad cuando abandonamos nuestra tarea; cuando no compartimos con los demás el empeño y la abnegación en el cumplimiento de los compromisos profesionales; cuando nos pueden señalar como vagos, informales, frívolos, desordenados, perezosos, inútiles... Porque quien descuida esas obligaciones, en apariencia menos importantes, difícilmente vencerá en las otras de la vida interior, que ciertamente son más costosas.* Lo afianza con un texto del anónimo autor de la Epístola ad Diognetum <sup>22</sup>: *Y no es lícito a los cristianos abandonar su misión en el mundo, como al alma no le está permitido separarse voluntariamente del cuerpo,* y continúa, a reglón seguido, así: *Por tanto, equivocaríamos el camino si nos desentendiéramos de los afanes temporales: ahí os espera también el Señor.*

Existe, pues –concluye–, *toda una trama de virtudes (...) que se pone en juego al desempeñar nuestro oficio, con el propósito de santificarlo: la fortaleza, para perseverar en nuestra labor, a pesar de las naturales dificultades y sin dejarse vencer nunca por el agobio; la templanza, para gastarse sin reservas y para superar la comodidad y el egoísmo; la justicia, para cumplir nuestros deberes con Dios, con la sociedad, con la familia, con los colegas; la prudencia, para saber en cada caso qué es lo que conviene hacer; y lanzarnos a la obra sin dilaciones... Y todo, insisto, por Amor,*

*con el sentido vivo e inmediato de la responsabilidad del fruto de nuestro trabajo y de su alcance apostólico.*

Este espíritu no es precisamente inútil para el progreso económico. Tan tenso y tan duro es, tan vinculado resulta como lo que se exige para un fuerte desarrollo económico que se precisa añadirle algo para que sea tolerable.

Apetece para aclararlo, casi recordar, de la mano de Xenius –o sea, de Eugenio d'Ors–, la conducta de aquel sabio bajo cuya ventana pasaba un batallón con gran rumor de tambores, mientras provocaba danzar de pequeñuelos: *El sabio quiso resistir un instante, continuando la lectura. Pero los ojos se le fueron, como los de los niños, tras de tanto brillo y alegría... Sentir el corazón contento y los ojos encantados porque pasa la tropa, es una niñería. Pero afectar que se es superior a esta niñería, es otra niñería, peor aún* <sup>23</sup>. Pero no hay contradicción. Podemos seguir la conducta del sabio que se torna niño de la propia mano del beato Escrivá de Balaguer, porque, al analizar el misterio de María nos recuerda que *para acercarnos a Dios, hay que hacerse pequeños, porque exclamó el Señor dirigiéndose a sus discípulos: Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como estos chiquillos, no entraréis en el Reino de Dios* <sup>24</sup>.

Naturalmente que eso también tiene sus consecuencias económicas, pero proseguir por estos terrenos escatológicos no corresponde ya a este ensayo.

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.